

Rev. A.T. Vergunst

Lectura¹: Mateo 26:14-16

Mateo 26:20-25

Mateo 26:31-35

Mateo 26:48-50

Mateo 26:69-27:5

Salterios:

Primer: 400:1,3,5

Segundo: 398:1-3

Tercer: 382:1-5

Cuarto: 69:1,2,7

Último: 387:1,4,5

Congregación, Leamos juntos, primeramente, algunos textos bíblicos relevantes escritos por el apóstol Pablo.

Quisiera comenzar con 1 Corintios 2:2: *“Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado.”* Al final de la misma epístola, Pablo escribe: *“El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema”* (1 Cor. 16:22). Esta es una manera griega de decir “maldito”. Y un poco después, en la carta a los gálatas (capítulo 6), Pablo repite un dicho similar: *“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo. Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación”* (Gálatas 6:14-15).

Congregación, pensando en el apóstol Pablo, él podía decir: “Todo lo que he escrito se resume en una frase: ‘Jesucristo’”. Es lo único que importa. Si usted no lo ama, nada más importa. Si Él no es el centro de toda su fe, su vida, su esperanza, entonces usted pierde el punto. Eso dice Pablo, y eso dicen las Escrituras.

Y para usted y para mí, esto es muy confrontante. Es por eso que este mensaje es muy difícil de predicar y fue muy difícil de preparar, porque me hizo examinarme a mí mismo de manera muy profunda. Cada vez que predico este sermón, me examina de nuevo.

Si Cristo Jesús no es el centro de toda su vida espiritual, usted necesita preguntarse si en realidad tiene vida espiritual. Si Jesús, como Profeta, Sacerdote y Rey, no es precioso, tan precioso que el mundo entero ha perdido su atracción, de modo que su vida entera se centra y

¹ Este sermón sigue y contrasta las acciones y consecuencias de Pedro y Judas en las últimas horas antes de la crucifixión de Jesús. Por lo tanto, contiene varias lecturas más cortas a lo largo de dos capítulos de Mateo en lugar de una lectura más larga. Él que dirija el culto se asegurará de leer los pasajes correctos durante el servicio.

arraiga en Él, usted necesita preguntarse: '¿Tengo siquiera vida espiritual?' Esto es escudriñador, sí, lo es.

¡No importa lo que haya aprendido, lo que haya confesado, qué credo haya mantenido, cuán religioso haya sido, o cuán tradicionalmente religioso haya sido! ¿Por qué no importa? Porque puede ser que con todo eso no haya más que religión externa.

Les pido que piensen profundamente hoy y que le pidan al Señor lo que acabamos de cantar juntos: "Examíname y pruébame. Pruébame, no por mis ideas ni por mis marcas que creo suficientes." No, congregación. Pidamos al Señor: "Pruébame por lo que Tú has dejado escrito aquí en Mateo 26 y 27". Esto se centra en el final de la vida de Jesús, y vemos dos personajes en este pasaje.

Tema: Judas contra Pedro.

1. ¿Cómo son parecidos?
2. ¿Cómo son distintos?
3. Tres observaciones para aplicar a nosotros mismos.

Oremos mientras escuchemos: "Examíname, Dios Todopoderoso." ¿Sí? Somos como un libro abierto ante Su vista. Él puede ver por todas las tapas, por todas las hojas de higuera, y Él conoce desde lejos quienes somos, ustedes y yo incluidos. Entonces escuchen para ustedes mismos, no para otras personas.

Primer pensamiento. ¿Cómo son similares?

Judas y Pedro eran tan parecidos que era difícil distinguirlos. Hoy diríamos que eran como dos hombres con oficio en la iglesia, pastores o ancianos, sentados juntos en la congregación, año tras año. Todos pensaban que eran dos discípulos. Era imposible distinguirlos. Por eso, dejemos de juzgar a los demás, incluyéndome a mí mismo. No es nuestra tarea; es la tarea de Dios. No tengo por qué juzgarlo a usted, ni usted a los demás, sobre lo que hay en su interior. Es verdad que a veces tenemos que hacer juicios sobre lo que se ve externamente, en asuntos de doctrina o estilo de vida; es cierto y bíblico. Pero no tenemos ninguna autoridad para juzgar la condición espiritual de otra persona. ¿Cuántas veces hemos sido culpables de eso? "Esa persona no es hijo de Dios." ¡Dejen de hacerlo!

"Examinaos a vosotros mismos", dice Pablo, "no a otros, no a su hermano, ¡a vosotros mismos! si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?" (2 Corintios 13:5). Examínesse a sí mismo para ver si Jesucristo mora en usted, si Él actúa y se mueve dentro de usted.

Ahora, ¿cómo puede estar Jesucristo dentro de mí? ¡Por Su Espíritu! Déjenme ilustrarlo con un ejemplo. Hay otra persona que vive dentro de mí, aparte de mí y del Señor. ¿Quién es? Es mi esposa. Siento amor y atracción por ella. Cuando estamos separados, la extraño y quiero volver a estar con ella. ¡Sé que ella vive aquí! No necesito pensarlo mucho, porque lo siento cada día.

Ahora Pablo exhorta: “Pruébense para saber que Jesucristo vive dentro de ustedes”. Debe ser posible saberlo, porque si no, no tendría sentido dar esta exhortación. Debe ser posible saber con certeza que Él está viviendo dentro de usted. Uno no solo lo sabe por lo que observa en su propio corazón, sino también por lo que los que lo rodean observan en su vida. Ellos sabrán para quién o para qué vive usted.

Volvamos a Judas y Pedro. Como dije, eran completamente parecidos. Ambos fueron llamados personalmente por el Señor Jesús y llegaron a ser Sus discípulos. Ambos seguían a Jesús, lo que implicaba que dejaron atrás sus otros negocios. Pedro dejó su empresa de pesca, y aunque no sé qué dejó Judas, seguramente dejó a su familia y su trabajo para seguirlo. Ambos sacrificaron algo por Jesús.

Ambos pasaron tres años íntimos con el Señor Jesús, caminando, hablando, escuchando, interactuando y siguiendo a Jesús. Estaban tan cerca. Durante tres años, Jesús recorrió el país entero con Sus discípulos. Día tras día, ellos lo acompañaban, escuchaban Su predicación y eran testigos de Sus milagros. Escucharon la mejor predicación que uno puede esperar oír. Estaban tan conectados con el Mesías. Negaron a sí mismos.

Sin duda, compartieron algo del rechazo que Jesús sintió al acercarse al final de Su ministerio, especialmente en este último año de Su vida en el que meditamos en estas semanas antes de la Pascua y el Viernes Santo. Sin duda, lo sentían. Muchas personas comenzaron a rechazarlo y a volverse cada vez más hostiles, y tanto Pedro como Judas lo percibían.

Ambos pasaron tres años con Él, que fue sin pecado. No sé si alguna vez haya pasado tiempo con alguien tan piadoso, tan amoroso y amable, un ejemplo de cómo vivir en esta vida como Cristo. Pero si pasa algunos días con una persona así, le afectará. ¿Qué hará? Le punzará la conciencia y le hará sentir incómodo por su propio fracaso al ver a alguien piadoso en todas sus interacciones. Eso afecta a uno. Judas hizo esto durante tres años. Corría el país con la Persona más piadosa que jamás caminaba la tierra. Ambos predicaron, ambos hicieron milagros por el poder de Cristo habilitándolos.

Hay una similitud más. Ambos cometieron la impiedad más flagrante. Judas traicionó a Jesús, como leímos juntos. Pedro negó a Jesús. Ambos lo hicieron de manera consciente. No cayeron por accidente en algún pecado; ¡no! Judas lo planificó, y Pedro lo cometió en contra de su propia palabra: “*Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré*” (Mateo 26:35). Ahora,

estoy seguro de que Pedro quiso decir lo que dijo, pero lo hizo de todos modos. Lo hizo a pesar de la advertencia de Cristo. Ambos lo cometieron a pesar del amable recordatorio de Jesús.

Estuvieron alrededor de la mesa. “Uno de ustedes”, dijo Jesús, “me va a entregar”. Todos se entristecieron y le preguntaron: “Señor, ¿soy yo?” Y Judas, porque todos los demás lo dijeron, también preguntó: “¿Soy yo, Maestro?”

En cuanto a Pedro, Cristo le advirtió que le negaría tres veces. Pedro, lleno de pasión, exclamó: “¡No Señor! Aunque todos los demás lo hicieran, ¡yo no!” Y lo hizo.

Una similitud más ahora. Ambos se abrumaron de culpa por lo que habían cometido. Judas fue aplastado por el pecado que cometió. También Pedro fue aplastado cuando se dio cuenta de ello, y salió llorando amargamente.

Ahora puedo acercarme a ustedes un poco más con la aplicación. Ambos hombres fueron plenamente convencidos de su miseria. La convicción de nuestra miseria no nos salva, aunque es necesaria. Oh, congregación, aquí se nota la importancia de ello. La profunda convicción de nuestro pecado no es suficiente para salvarnos. Judas la tuvo, y no fue salvado. Recuérdenlo siempre. Encuentro personas que me hablan de su conocimiento de su miseria como algo muy espiritual. Sigo escuchando para algo más, y no lo oigo. Si eso es todo lo que usted tiene que decir y no hay más, ¡puede que se encuentre al mismo nivel que Judas y no más! No es suficiente.

Pedro también tuvo miseria, profunda miseria. Fue quebrantado por su pecado y bajo convicción de manera que lloró amargamente. Sin embargo, ¡cuán diferente eran los dos!

Nuestro segundo pensamiento. ¿Cómo son distintos?

Hemos visto la semejanza entre los dos, entonces, ¿cuál es la diferencia? Comparémoslos. Congregación, la diferencia se encuentra en sus corazones. Recuerden el texto que cité anteriormente: *“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos ... que Jesucristo está en vosotros.”* (2 Corintios 13:5). No nos pregunta cuánto sabemos de Jesús, cuánto hablamos de Jesús o cuánto hemos aprendido acerca de Él; no, ¿tiene usted evidencia de que Él vive en usted? No vivió en Judas, pero sí vivió en Pedro. Consideremos entonces la diferencia.

En primer lugar, ninguno sospechó de Judas después de la revelación de Jesús de que uno de ellos lo iba a entregar. Todos se entristecieron y le preguntaron: “Señor, ¿soy yo?” Estaba meditando en esto y me di cuenta de algo sobre el carácter de Jesús y cómo trató a Judas en ese momento. Imagínense que un hermano aquí adelante (¡que no sea así!) está planeando

matarme y yo lo sé. ¿Cómo lo trataría? ¿No me afectaría? Estaría muy cauteloso, lo mantendría un poco alejado de mí y lo trataría de una manera distinta, ¿no es así? Jesús sabía lo de Judas, pero ninguno de los otros discípulos vio en Jesús que trató a Judas de forma diferente a ellos.

Yo simplemente amo al Salvador. Él me dijo: “Ama a tus enemigos”, y lo hizo hasta el final. ¡Ninguno sabía que Judas era este hombre sin corazón por el Señor! ¡No! Congregación, Judas era el experto hipócrita, el maestro del engaño y la mentira. Llegó al círculo más íntimo del Señor. Estaba tan involucrado que nadie lo sospechaba. Nadie lo consideraba un hipócrita.

Finalmente, la verdad salió a la luz, como hemos visto al final de su vida. ¿Qué era lo que vivía en Judas? ¿Qué le hizo seguir al Señor Jesús? ¿Qué le motivó a sacrificar? ¿Qué le impulsó a realizar toda esta tarea religiosa? ¿Cuál era el motivo en su corazón? Consideremos también nuestros propios corazones. Creo que Judas no buscó a Jesús para la salvación de su pecado. Esa fue la diferencia.

Judas vio que con Jesús podría obtener algunos beneficios. Si seguía a Jesús y se comprometía con Él, podía obtener poder, prestigio, una buena reputación, la gente lo honraría y tendría ventajas materiales porque Él sería un Rey. Este hombre estaba lleno de ambición terrenal, carnal y pecaminosa. Por eso, cuando Jesús, en esta última fase de Su ministerio, dice que necesita ir a Jerusalén para morir, cuando revela el núcleo real de Su ministerio, que es lo sacerdotal, y no para edificar un reino con fuerza militar, edificios o ciudades, sino para dar Su vida en sacrificio, Judas se desilusiona. Jesús comienza a hablar de la cruz y del rechazo por parte de los sacerdotes y líderes, y mientras revela el núcleo de Su ministerio, el sueño de Judas se desmorona por completo. Judas está aplastado y odia la predicación de Jesús sobre sí mismo porque frustra sus ambiciones terrenales.

Consideren el corazón de este hombre y lo que sucede al final de su vida. Se ve su amor por las cosas de esta vida. Está dispuesto a vender a Su Maestro después de haber fingido que era genuino. Luego vemos un rayo de esperanza en los versículos 3 y 4. Judas ve que Jesús ha sido condenado y vuelve a los sacerdotes arrepentido, diciendo: “Yo he pecado entregando sangre inocente”. ¡Decimos que hay esperanza! ¡Está arrepintiéndose! Pero, ¿qué leemos? Se suicida. Aunque se arrepintió de haberlo hecho, aunque confesó su culpabilidad, aunque se responsabilizó por su pecado y hubo emoción acompañándolo, eso no es salvífico.

Aquí debemos tener mucho cuidado unos con otros. Podemos incluso tener profundas convicciones de pecado que no son salvíficas. Podemos experimentar noches perturbadoras. Pero si no vengo como un pobre y necesitado pecador a los pies de Jesús, y veo en Él la única respuesta y esperanza para mi vida culpable, no edifiquen su esperanza en sentirse convencido de su pecado. Este hombre fue al infierno convencido de su pecado.

Ahora, Pedro. La Biblia también deja escrito los hechos de Pedro. No sé si estoy en lo correcto, pero creo que, en algunos aspectos, los hechos de Pedro fueron peores que los de Judas. Es uno de los ejemplos más deprimentes de la depravación del corazón que aún persiste en un hijo de Dios. Porque sabemos que Pedro era un hijo de Dios. Y, sin embargo, ¡consideren lo que hizo este hombre!

Pedro había dicho: “Señor, *aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré*”. Ahora, ¿qué le motivó decir esto? ¡El corazón de Pedro estaba ardiendo con amor por Jesús! Aunque no tenía idea de su propia debilidad, estaba ardido de amor por el Salvador. Lo amaba tanto que dijo: “Señor, ¡moriré por ti!” Lo decía en serio, no hay duda de que lo dijo con sinceridad. Sin embargo, pocas horas después, lo negó.

Lo leímos al final de Mateo 26. Cada vez su pecado se empeoró. Primero, una criada se acercó y le dijo: “*Tú también estabas con Jesús el galileo. Mas él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices.*” (vs 69-70). Poco después vino otra y dijo: “*También éste estaba con Jesús el nazareno*” (vs 71). Pedro lo negó otra vez, esta vez con juramento. No sé exactamente qué juramento usó, pero era más fuerte: “*No conozco al hombre*” (vs 72). ¿En serio, Pedro? Quizá su conciencia ya le afligía, pero no tiene mucho tiempo, porque viene un tercero y le dice: “*Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aún tu manera de hablar te descubre*” (vs 73). “¡Es claro que eres de Galilea!” Entonces Pedro cae gravemente. En el versículo 74: “*Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco al hombre.*”

Congregación, él pronunció la muerte sobre sí mismo. “Si conozco al hombre, que yo muera”, eso dice. Es la manera más fuerte de negar al Maestro. Quizá usted no esté de acuerdo, pero creo que hay elementos en la negación de Pedro que exceden la traición de Judas Iscariote.

Pero justo en ese momento, quizás por la culpa, él echa un vistazo hacia Jesús, y en ese instante Jesús se da vuelta y lo mira. Pedro nunca olvidó los ojos de Jesús. ¿Qué vio en ellos? Vio dolor, profundo dolor. El dolor que siente alguien que ama y se siente pisoteado. “Pedro, lo que acabas de hacer contra mí es peor que lo que hace el Sanedrín aquí. Me apuñalaste por la espalda mientras estoy aquí, tan vulnerable, frente a todos estos enemigos.”

Congregación, esos ojos que Jesús dirigió hacia Pedro, con una mirada tierna, afectuosa y dolida, atravesaron el alma de Pedro instantáneamente. Pedro quedó aplastado y devastado. “Oh, ¡que he hecho! ¡Qué he hecho!” Yo lo veo caminando por las calles oscuras y desoladas a medianoche, ¿lo ve usted? “Oh, ¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho!” Tan quebrantado... tan aplastado.

Pero no se suicidó. ¿La diferencia? Hay alguien que lo sostiene. Años después escribiría en 1 Pedro 1:5: “*guardados por el poder de Dios mediante la fe*”. Aun en ese momento, había fe en

el Señor Jesús en el corazón de Pedro. Sin duda, sentía más que nunca el amor por Jesús en su corazón. Pero fue la mano del Todopoderoso la que guardó a Pedro.

Primeramente, cantemos. Después veremos la aplicación de esta exposición. Salterio 69.

Nuestro Tercer Pensamiento. Tres observaciones para aplicar a nosotros mismos.

Ahora, en reflexión sobre esta exposición de Judas y Pedro, quisiera considerar con ustedes tres aplicaciones.

- 1. Seguir a Cristo y hacer cambios en su vida no implica que usted es salvado.**
- 2. Un sentimiento aplastante de culpa, e incluso responsabilizarse por su pecado, no salva.**
- 3. Cuando tenemos fe en el Señor Jesucristo, y lo amamos, entonces tenemos las evidencias de ser una persona salvada.**

Examinemos estas tres aplicaciones que son tan personales para usted y para mí.

1. Seguir a Cristo y hacer cambios en nuestra vida no implica que seamos salvados.

Podemos llegar a ser muy religiosos, muy conservadores y tradicionales. Podemos hacer que la gente crea que estamos siguiendo a Dios con nuestras apariencias. Podemos hablar de esa manera. Escuchen las palabras de Judas incluso: “¿Soy yo, Maestro?” (Mateo 26:25) ... Suena tan genuino. Miren al hombre, predicando y haciendo la obra para el Señor Jesús. Incluso era el tesorero, confiado con el dinero, comprando lo necesario, aunque sabemos que robaba, la gente confiaba en él. Judas lo hizo durante años. ¡Ustedes podrían hacerlo durante toda su vida! Pueden hacer que todos creen que son buenos cristianos mientras que por dentro no hay ni una chispa de amor por Cristo ni fe en Él.

¿Cómo creen que eran esas personas de Mateo 7 que llegan a las puertas del cielo y Cristo dice que no los conoce? Cuando lo leo, siempre oro: “Oh Señor, escudriña mi corazón”. ¡Estos son predicadores, personas que han hecho cosas en el reino de Dios! ¡Han ido en viajes misioneros, han evangelizado y hecho otras cosas! Pero Cristo dice: “No os conozco. ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!” Quizá los hubiéramos predicado al cielo en sus funerales, porque a la apariencia eran tan buenos cristianos. No se dejen engañar por todo ello. Pero no miren a otros; mírense a ustedes mismos y yo a mí mismo. Oremos: “Oh Señor, ¿está bien por dentro? ¿Es mi motivo realmente piadoso?”

Judas no amó al Señor Jesús. A Judas no le encantaba la Persona de Cristo. Se cansó de las predicaciones de Jesús al final. Ya no quería escuchar más, porque Jesús no satisfacía sus ambiciones, deseos mundanos, metas impías ni su reputación. Entonces, mírense a sí mismos.

¿Qué buscan al ser religiosos? ¿Por qué cumplen con las cosas religiosas? Yo lo he hecho, ustedes háganlo también. Pregúntense: “¿Por qué oro? ¿Por qué voy a la iglesia dos veces? ¿Por qué hago esto o aquello? ¿Cuál es la razón ahora? ¿Es para que los ancianos o pastores no me visiten? ¿Es porque quiero un cargo en la iglesia? ¿Quiero ser pastor, anciano o diácono algún día y por eso debería comportarme bien ahora? Quiero... ustedes llenan el espacio.” Eso es lo que hace Judas.

Qué corazón engañoso tenemos, congregación, si solo buscamos nuestra comodidad, tal vez para silenciar nuestra conciencia, sentirnos bien o ser importantes, pero nos falta la esencia de la gracia salvadora. En la gracia salvadora hay un deseo principal: *“Que Él crezca, pero que yo mengüe”* (Juan 3:30).

¿Es eso lo que es? Eso no se encontró en el corazón de Judas. En su corazón era el opuesto: *“Que yo crezca, sin importar si Él disminuye.”* Llevémoslo con nosotros este día.

2. Un sentimiento aplastante de culpa, e incluso responsabilizarse por su pecado, no salva.

Ambos, Judas y Pedro, experimentaron poderosos sentimientos de culpa; ambos se sintieron abrumados y condenados. Ambos sintieron arrepentimiento por sus pecados y ambos reconocieron su pecado.

Queridos amigos, es esencial sentir nuestra miseria, y Dios conceda que sintamos mucho más de ella. Pero, ¿cuál es realmente nuestra miseria? El Catecismo de Heidelberg nos habla de conocer nuestra miseria, no solo de sentirla, ¿se dan cuenta? Debemos entenderla. ¿Qué es, entonces?

Cuando llego a ver que mi relación con Dios está quebrantada, distante y separada, y que estoy desterrado de Su presencia, debido a lo que ocurrió en el Paraíso. ¿Alguna vez le ha pesado esto? ¿Es algo que ya no desea seguir viviendo? Durante años viví así, desterrado de Él, sin que me importara mucho porque no comprendía la gravedad de la situación. Pero cuando Dios abre nuestros ojos para ver la brecha entre Él, el Dios magnificante y bueno, y yo, eso es la primera parte de nuestra miseria.

La segunda parte es ver lo que hay en esa brecha, entre usted y Dios: una montaña que llega al cielo, compuesta por todos mis pecados, y los atributos de Dios que exigen justicia y santidad, los cuales me confrontan y a los que no puedo enfrentar ni remover. No puedo hacer nada para honrar los atributos de Dios. Así que esa es la segunda parte de la miseria: soy incapaz de salvarme a mí mismo.

La tercera parte es cuando usted comienza a recibir algún entendimiento de lo que vive adentro. Detrás de todo este traje negro que llevo, usted no quiere saber lo que aún vive aquí adentro. Cuando uno comienza a descubrirlo, estoy seguro de que empieza a hacer lo que yo hice: esforzarse para mejorarlo. “Señor, dame tiempo y me mejoraré. Ya no haré eso. Lucharé contra esto, Señor.” ¿Hasta dónde llegamos con todo eso? A ninguna parte.

Debemos tener más de esto. Es cierto que necesitamos más conocimiento de nuestra miseria porque, sin esto, Jesús nunca se vuelve precioso. Pero, amigo mío, si nunca ha sido llevado por ese conocimiento a los pies del Salvador con el llanto de un alma pobre y afligida, “Oh Señor Jesús, ten misericordia de mí”, entonces su miseria no lo va a salvar. El conocimiento de la miseria no es salvífico. Judas lo tenía, y se perdió. El conocimiento de la miseria puede hacerle sentir deprimido, triste, y puede llevarle al mismo punto que a Judas, donde algunos toman su propia vida. Pero el conocimiento en sí no le puede salvar.

Pero, congregación, el conocimiento de nuestro pecado es muy importante, pero no nos lleva al verdadero arrepentimiento. ¿Recuerdan a Pedro? ¿Qué vio? Vio el rostro de amor cuando miró el rostro dolido de su Salvador, y eso quebró su corazón. ¿Qué lleva a la verdadera salvación del pecado y al arrepentimiento genuino que nos lleva a los pies de Dios? Es ver el amor de Jesús. Es sentir el dolor y la deshonra que hemos causado a Dios debido a nuestro pecado. Como dijo uno de los puritanos: “Nunca vemos el pecado tan feo hasta que lo contemplamos en el rostro del hombre que fue más herido que cualquier otro.” Eso se refleja en el rostro de Jesús cuando lo vemos coronado con espinas en las Escrituras, cuando vemos Su cara y cuerpo abusados y traspasados como ningún otro, entonces el pecado se vuelve extremadamente amargo. Los puritanos decían: “La Ley le convencerá y lo matará, pero solo hasta ahí; el evangelio de Jesús lo convertirá, lo atraerá y lo salvará.”

Véase, eso le faltó a Judas. Judas estaba amargado y apenado. ¿Pero de qué estaba apenado? De lo que su pecado le hizo a Judas. ¿Y Pedro? La tristeza de Pedro era por lo que su pecado le hizo a Jesús, a Dios. Pregúntense esta mañana: ¿Lloro por el pecado por lo que hace a mí? ¿A mi reputación, consuelo y esperanza para el futuro? ¿O lloro por lo que mi pecado hace a mi Dios? ¿Por lo que hace a este eternamente glorioso Creador? Ahí debe llegar, y eso fue lo que experimentó Pedro.

3. Ahora mi última observación. Amar a Jesús y tener fe en Él es la suma del corazón del creyente salvado.

Debemos cuidarnos mucho, como hemos visto en esta prédica, de no usar estándares externos para evaluar la salvación. Miren a Pedro. Alguien dijo: “El verdadero amor y la verdadera fe pueden esconderse detrás de los harapos de una vida arruinada ... y pura hipocresía, y afecciones impuras, y falta de fe, pueden esconderse detrás de la vida más religiosa y piadosa.”

Debemos ser cautelosos para no juzgar únicamente por la apariencia. La vida de Pedro estaba hecha trizas mientras corría hacia la calle, llorando amargamente. Todo se había desmoronado en su corazón y vida. Sin embargo, en ese llanto tan amargo, había algo. Les pregunto: ¿Por qué creen que lloró tan amargamente? Fue porque amaba al Señor Jesús, y lo sabía.

Sabemos que en el día de la resurrección, el Señor Jesús se encontró con Pedro. La Biblia no nos da muchos detalles acerca de este encuentro, pero me imagino que fue algo similar a lo que ocurrió con el padre del hijo pródigo, corriendo hacia él y abrazando a Pedro en su llanto. Pedro, con amarga tristeza, sentía lo que siempre había sabido: “Yo amo al Señor Jesús.” Fue por su amor por Jesús que dijo en primer lugar: “¡No te negaré!”

Si avanzamos hasta Juan 21, Pedro no duda en invocar a Dios diciendo: “Tú lo sabes todo, Señor. Tú sabes que, a pesar de lo que he hecho, a pesar de mi pecado, a pesar de mi pecado terrible, Tú sabes que te amo.” ¿Lo ven? Uno puede saber que ama a alguien. Yo sé que amo a mi esposa. ¿Saben cuándo más lo sé? Cuando le fallo. ¿Y saben cuándo lo sé aún más? Cuando ella me falla a mí. Porque el amor supera todo eso. No importa lo que haya hecho la persona o lo que haya sucedido.

Y ahora, congregación, necesitan reflexionar sobre esto. ¿Pueden decirle al Señor de veras?: “Señor, Tú lo sabes todo. Aunque he fallado, aunque nunca soy lo que deseo ser, aunque fallo cada día en mis oraciones, meditaciones, acciones, en todo, Señor, ¡Tú sabes que te amo!”

Me preguntan: “Pero, ¿cómo puedo saberlo entonces? ¿Cómo puedo saber que lo amo?” En primer lugar, por cómo el pecado le afecta. Si los pecados que usted observa no le hacen llorar, dudo que ame al Señor Jesús, o su amor es muy débil. Si no lloro ni me siento mal y triste por haberle fallado, debo preguntarme si en realidad lo amo.

En segundo lugar, lo sabrá aún más por el deseo de su corazón de honrarlo. ¿Ven a Juan el Bautista? Está predicando a una congregación, pero la congregación se reduce cada vez más. Están dejándolo para ir al otro predicador. Finalmente, los discípulos del Bautista le vienen a él y le dicen: “Maestro, ¡todos están dejándote para ir a Él!” ¿Cómo responde Juan? “¡Me regocijo, hermanos!” (aquí vemos la gracia de Dios en el corazón de Juan) “Porque Él es el Novio, yo solo soy amigo de Él. Por eso me regocijo. Porque es necesario que Él crezca, y que yo mengüe.” Ahí ven otra evidencia del amor por Jesús: si es su deseo verlo crecer, si desea ver a otras personas amarlo, si se regocija al ver a otros y a usted mismo honrarlo con una vida de piedad, humildad y mansedumbre.

Querida congregación, si su anhelo diario es orar: “Señor, muéstrame más de Ti” -¿No fue eso lo que oró Pablo? Al final de su vida, habiendo sido llevado al tercer cielo, y habiendo escrito ya la mitad del Nuevo Testamento, ahora dice desde la cárcel en su última epístola a los filipenses:

“¡Oh, que lo conociera!”, porque aún no ha llegado. Sin duda es por eso que escribió el texto citado al final de la carta a los Corintios: *“El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema”* (1 Cor. 16:22). Está perdiendo todo, usted es maldito, dice Pablo, si usted no lo ama.

Conclusión.

Bueno, les he dicho que esto no iba a ser un sermón fácil, pero lo necesitamos. Usted lo necesita y yo también. Podemos dejarnos llevar tanto por nuestros estudios de la Biblia, nuestra religión, nuestras emociones, nuestra membresía en una iglesia, nuestro oficio como pastor, anciano o diácono, pero hoy debemos detenernos un momento y preguntarnos: ¿Hay amor en mi corazón? Porque el amor permanece.

Debe haber también fe, por supuesto, y había fe en el corazón de Pedro. La vemos en esta confesión hermosa de Juan 6:68: *“Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.”* ¿Resuena esto en su corazón? Vengan, congregación. Si el Señor les preguntara: “¿Se irán también ustedes?” ¿Está entonces en su corazón?: “Oh Señor, no. ¿A quién más iremos? No puedo irme de Ti. He visto esperanza fuera de mí en Ti, en Tu obra sacerdotal, y en Tu justicia. No la tengo. Soy un pobre y necesitado hombre. No puedo cambiarme. No puedo hacerme aceptable. No puedo mejorarme. Pero he visto que, en Ti, Señor, está mi esperanza.” ¿No es esto importante?

¿Saben lo que el Señor dice entonces? Mateo 5:6: *“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”*. Esta justicia no se encuentra en uno mismo, solo se encuentra en Jesús. Y usted, si tiene tal hambre y sed de justicia esta mañana, es un hombre bendito, una mujer bendita. ¿Hay tales personas? Quizá no puedan ir más allá de decir “Soy pobre en espíritu, lloro sobre mi pecado, y cada vez más siento que no tengo derechos, pero sé que tengo tanta hambre de ser justo y hacer justicia. No la encuentro en mí mismo, ¡pero la he visto en Él!” Entonces el Señor ya les llama benditos, porque entonces son como Pedro.

Amén.

Último Salterio 387:1,4,5.